

El crepúsculo de las simples cosas

Lecturas esperanzadas y perspectivas
críticas para un Sur en pandemia



Nelson Specchia y José Emilio Ortega (eds.)

Allard / Aispuro / De León / Díaz / Barei
Bernal / Blanco / Boff / Chuit / Daín / Espósito
Falcón / Ferrer / Fonti / Gait / Gallardo / Garayalde
García / Gigena / Isuani / Lariguet / Las Heras
Magnasco / Maldonado / Morello / Moyano
Ortega / Pantoja / Penco / Pino / Rodríguez Alba
Rovasio / Sandrone / Sanguinetti / Yuan / Viana



EL CREPÚSCULO DE LAS SIMPLES COSAS

Lecturas esperanzadas y perspectivas críticas
para un Sur en pandemia

Nelson Specchia y José Emilio Ortega (editores)

Raúl Allard Neumann / Manuel Aispuro / Gonzalo de León / Natalia Díaz / Silvia Barei / Marcelo Bernal / Alfredo F. Blanco / Leonardo Boff / Roberto Chuit / Andrés Daín / Santiago Espósito / Paulo Falcón / Juan Ferrer / Diego Fonti / Nilda Gait / Abel Gallardo / Nicolás Garayalde / Aldo García / Andrea I. Gigena / Aldo Isuani / Guillermo Lariguet / José María Las Heras / Miguel Magnasco / Martín Maldonado / Gustavo Morello / Manuel I. Moyano / José E. Ortega / Gabriel Pantoja / Wilfredo Penco / Mario J. Pino / Jaime Rodríguez Alba / Roberto Rovasio / Darío Sandrone / Julio M. Sanguinetti / María Sol Yuan / Debret Viana



Universidad
Nacional
de Córdoba

Autoridades

Rector

Dr. Hugo Oscar Juri

Vicerrector

Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

Secretario General

Ing. Roberto Terzariol

Prosecretario General

Ing. Agr. Esp. Jorge Dutto

Directores de Editorial de la UNC

Dr. Marcelo Bernal

Mtr. José E. Ortega

El crepúsculo de las simples cosas: lecturas esperanzadas y perspectivas críticas para un Sur en pandemia / Raúl Allard Neumann ... [et al.]; editado por Nelson Specchia; José Emilio Ortega; prólogo de Nelson Specchia. - 1a ed. - Córdoba: Editorial de la UNC, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-707-143-6

1. Ensayo Sociológico. 2. América Latina. 3. Pandemias. I. Neumann, Raúl Allard. II. Specchia, Nelson, ed. III. Ortega, José Emilio, ed.

CDD 306.2098

Diseño de colección y portada: **Lorena Díaz**

Diagramación y edición gráfica: **Marco J. Lio**

Corrección y coordinación: **Santiago Espósito**

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Universidad Nacional de Córdoba, 2020

ÍNDICE

Introducción	11
INSTITUCIONES EN SU LABERINTO	21
Sección primera. Dédalo, entre pliegues	22
En medio de la cuarentena <i>Julio María Sanguinetti</i>	23
Es hora de fortalecer el Estado <i>José María Las Heras</i>	26
La respuesta estatal, los derechos y las políticas públicas atravesados por la crisis sanitaria del Covid-19. Debates y posibles agendas <i>Marcelo Bernal</i>	38
El Estado como un prisma. Escenas del durante (el Covid-19) y borradores de una estatalidad deseable hacia el después <i>Miguel Magnasco</i>	46
Pandemia, círculo vicioso y utopía <i>Aldo Isuani</i>	58
Estados, pandemias, guerras y excepcionalidad <i>José Emilio Ortega, Santiago Espósito y Juan Ferrer</i>	62
Después de la pandemia. El Leviatán que no está solo y espera <i>Abel Gallardo</i>	71
América Latina en el universo de las incógnitas <i>Mario José Pino</i>	78

Covid-19, incertidumbre, impacto y excepcionalidad: una mirada desde las Relaciones Internacionales <i>Raúl Allard Neumann</i>	88
Elecciones en tiempos de pandemia: el caso uruguayo <i>Wilfredo Penco</i>	103
El multilateralismo en épocas de pandemia. El Covid-19 y su impacto en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) <i>Aldo J. García</i>	113
Sección Segunda. Tras el hilo de Ariadna	121
Coronavirus en Argentina <i>Roberto Chuit</i>	122
Coronavirus y economía: lecciones de la pandemia <i>Alfredo Félix Blanco</i>	129
Los costos del aislamiento: respuestas de política para el corto y el mediano plazo <i>Manuel Aispuro, Gonzalo de León y Natalia Díaz</i>	134
Las Pandemias visibles e invisibles <i>Nilda Gait</i>	144
Covid-19, desafío sanitario e ideológico <i>Roberto A. Rovasio</i>	153
Universidades y emergencia. Entre lo urgente y lo importante <i>Paulo Falcon</i>	172
#LoQueNoVeoDesdeCasa <i>Martín A. Maldonado</i>	181
CUARENTENA EN CONFLICTO	190
Sección Primera. Crónicas de un naufragio	191
Trilogía, o de cómo no naufragar <i>Silvia N. Barei</i>	192
Evocaciones <i>Gabriel Pantoja</i>	202

El cielo y el virus. Notas desde el pequeño encierro <i>Manuel Ignacio Moyano</i>	211
Pienso con un lenguaje que tiembla <i>Debret Viana</i>	216
Sección Segunda. Vacíos y Desafíos	228
Aspectos encantados de la pandemia <i>María Sol Yuan</i>	229
La ética ante el coronavirus <i>Jaime Rodríguez Alba</i>	238
Prolegómenos para un futuro en clave bioética <i>Diego Fonti</i>	250
Cuidar de sí y de los demás en tiempos de pandemia <i>Leonardo Boff</i>	261
¡Santas pandemias, Batman! <i>Gustavo Morello SJ</i>	269
Marcos interpretativos locales. Ciencias sociales y humanidades en tiempo de coronavirus <i>Andrea Ivanna Gigena</i>	275
Cuando se despertó, el capitalismo todavía estaba allí <i>Darío Sandrone</i>	287
La normalidad por asalto <i>Andrés Daín</i>	298
La mitología de una pandemia <i>Nicolás Garayalde</i>	304
Algunas fotografías -de un filósofo- sobre la pandemia del coronavirus <i>Guillermo Lariguet</i>	313
Sobre los editores	335

ASPECTOS ENCANTADOS DE LA PANDEMIA

María Sol Yuan¹

En sus *Investigaciones Filosóficas*, Wittgenstein escribió que un mismo objeto podía ser visto de una manera o de otra diferente por una misma persona, sin que por ello esta persona en cuestión tuviera que admitir que el propio objeto había cambiado o tuviera que elaborar algún razonamiento de manera necesaria para que esto sucediera. Wittgenstein decía que, al notar un aspecto, lo *vemos* tal como lo *interpretamos*. Estas dos actividades (ver e interpretar) no pueden separarse ni jerarquizarse: no se trata de que percibimos primero algo que luego interpretamos o su inversa. Los aspectos “fulguran”, resplandecen allí para que notemos el objeto, ahora como una cosa, ahora como otra. Para poner un ejemplo, podría considerar la representación del virus del Covid-19 que aparece en los medios gráficos de comunicación y verlo como la imagen del virus, como una pelotita antiestrés, como un dibujo animado, una caricatura, etc. El modo en que lo vemos depende de nuestras destrezas imaginativas, pero también de nuestro propio contexto y de la ficción con la que rodeemos el objeto en cuestión. Aún más interesante, Wittgenstein pensaba que era posible padecer, en determinados casos, lo que denominaba “ceguera de aspectos”, una incapacidad para poder notar diferentes aspectos de un mismo objeto. Retomando nuestro ejemplo, podría ser que ante una pelotita antiestrés note sólo el coronavirus y reaccione de modo alarmante debido a mi incapacidad de verla como un artefacto para jugar. Esta clase de temas me han atrapado desde hace dos años, en mi pequeña parcela de estudio de la filosofía.

Lo cierto es que en este contexto de la pandemia producida por el coronavirus ha emergido una multiplicidad de significados desde los contextos más diversos. Estas lecturas, que más adelante llamaré *proféticas*, coinciden en que la pandemia alterará profundamente, para siempre, nuestros vínculos con el entorno, sea con los otros, con los objetos o en relación con nuestras

¹ Licenciada en Filosofía y doctora de la UBA con mención en Filosofía, becaria posdoctoral, Profesora Universidad Nacional del Litoral Investigadora del Conicet Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral.

propias acciones y costumbres. Ahora bien, en qué consiste este efecto en cuestión y por qué se produce es un asunto fulgurante. Mencionaré cinco casos que ustedes podrán confrontar con sus propias fuentes (familiares, grupos de WhatsApp, noticias en periódicos, pensadores como Zizek, Agamben, etc.). La primera forma de enfrentarse al fenómeno de la pandemia podría ser verlo como un designio divino. La pandemia ha sido enviada para que los seres humanos nos transformemos en personas mejores desde el punto de vista moral, o es un castigo por no serlo ya. Una segunda lectura pone a la divinidad en la naturaleza, como los presocráticos: la naturaleza nos está castigando por desperdiciar sus recursos y contaminar el ambiente; la naturaleza nos enseña y tenemos que aprender la lección. La tercera lectura podría denominarse conspirativa y, a diferencia de las dos anteriores, no cuenta con los designios de un dios celestial o naturalizado. Esta lectura dice que al virus lo creó otro grupo de seres humanos, que podrían ser: los chinos, porque eran muchos; los musulmanes, como una herramienta más del terrorismo, Estados Unidos para ganar la guerra comercial, o algún otro país que esté practicando con armas químicas y se le escapó este tiro. Una versión de esta clase de lecturas es la que sostiene Agamben al afirmar que la pandemia ha sido originada por el estado para justificar el “estado de excepción”. Otra adaptación de la percepción conspirativa de la pandemia es que el virus fue originado por un laboratorio en Wuhan y fue deliberadamente ocultado por China y luego por la Organización Mundial de la Salud, por presiones de este país. Esta es la opinión expresada por el presidente de Estados Unidos, Donald Trump.

Las cuarta y quinta lecturas pertenecen a la literatura utópica. La cuarta, afirma que el resultado de la pandemia es el derrumbe del capitalismo y la llegada del ideal socialista o de algún otro modelo justo e igualitario de relación político-económica que asegure, según palabras de Zizek, por ejemplo, “la solidaridad y la cooperación global”. El quinto caso es la paradoja distópica. Esta piensa que, si bien la pandemia apunta al derrumbe del capitalismo, no nos llevará a la isla paradisíaca sino a un lugar peor: el ultra capitalismo (o el ultra-ultra capitalismo, depende de cómo veamos al capitalismo actual), con mayor desigualdad social y económica entre los seres humanos y entre sociedades.

Otros posibles aspectos son notados por otros tantos personajes. Por ejemplo: el ministro de salud de Israel Yaakov Litzman sugiere que el coronavirus es “un castigo divino contra la homosexualidad”, el periodista y expolítico brasileño Marcos Paulo Riveiro de Morais propuso en su columna: “¿no sería interesante tomar al ejército... y montar un campo de concentración... y colocar ahí a las personas con problemas... etc.?” y en Capilla del Monte, en el centro de Argentina, el exconcejal por el Pro Julio Carballo anhela una triple limpieza racial, de clase y partidaria: “espero que la pandemia mate a cinco o seis millones de negros peronistas”. Estas posiciones molestan tanto

por su odio que demandarían un tratamiento prioritario en este sentido, antes de ser consideradas en el modo en que voy a tratar a continuación a las cinco visiones de la pandemia presentadas.

Cada una de estas lecturas emerge notando un aspecto diferente de la pandemia y, en este sentido, se enfrentan al mismo objeto expresando un significado propio, enriqueciéndolo de una manera peculiar. Algún nietzscheano podría objetar aquí que, en realidad, no hay un objeto en sentido propio al que le añadimos luego alguna interpretación, sino que sólo hay interpretaciones pendiendo en el aire y en eventual puja. Wittgenstein estaría y no estaría de acuerdo con esta lectura. Ya dije que las interpretaciones no eran un añadido posterior al acto de notar algo, sea en sentido propiamente perceptivo o metafórico. Wittgenstein pensaba que no había una esencia única, oculta, que se encuentra luego de remover todos los harapos en la que se halla camuflada la Verdad. Pero tampoco pensaba que sólo hubiera interpretaciones sin ningún criterio de corrección posible. Esta es la diferencia entre, por ejemplo, ver el símbolo del coronavirus como una pelotita anties-trés o verla como un pájaro, o un unicornio, o cualquier otra cosa similar. Lo que quiero decir con esto es que no estoy afirmando que los casos mencionados anteriormente sean “puros inventos” o el resultado de una imaginación delirante. Son formas de “ver-como”, modos de percibir la realidad dotadas de una interpretación, de un rastro humano. En este sentido, es una manera “encantada” de experimentar el mundo, dotándolo de los significados y conceptos con los que los humanos nos involucramos en la realidad. No se trata de una experiencia exclusivamente pasiva de una realidad bruta y desnuda. Entonces, percibimos la pandemia desde una perspectiva que no es equivalente al total encantamiento ni al exclusivo desencanto.

Lo que me interesa aquí analizar es si la perspectiva encantada que redunde en ver la pandemia bajo el aspecto divino, conspirativo o utópico es la única manera de notar aspectos de este fenómeno global. Para ello, quisiera distinguir dos formas de encantar la pandemia. A la primera, que considera estos casos presentados, la llamaré profética. La segunda no tiene nombre aún, así que la llamaré “futurista”.

La forma profética consistente en encantar nuestra experiencia radica en pronunciar creencias que están más allá de lo humanamente asequible desde el punto de vista de la conciencia y del empleo de razones basadas en argumentos epistémicos.² Según esta posición, la conclusión es que, por

2 Restrinjo este criterio epistémico para evaluar creencias sólo a los casos a los que me estoy aplicando actualmente, a los que englobé bajo la perspectiva profética. Esta aclaración sirve a los fines de notar que en incontables ocasiones las creencias son válidas o están justificadas en ser sostenidas por razones que no son epistémicas. Agradezco a Guillermo Lariguet el haberme llamado la atención sobre esta cuestión.

ejemplo, el coronavirus es el resultado de la injerencia celestial en el mundo, aunque no pueda dar razones en sentido estricto de porqué considero que este aspecto está presente en la pandemia. Otro caso sería afirmar que un mundo mejor se halla al final del aislamiento y el paso del virus. Nuevamente, no hay razones para afirmar que esto sucederá desde el punto de vista de la justificación epistémica, sino que se asemeja más al tipo de afirmaciones de un clarividente, alguien que ve la verdad sin poder respaldarla mostrándonos cómo ha llegado a su posesión.

En primer lugar, aunque no puedo asegurar que Zizek no sea un clarividente, o mi vecino, la idea de sostener este punto de vista de forma comunitaria no resulta tan admisible. El argumento de la percepción profética de la pandemia no puede ser generalizado³ ya que, en este último caso, las personas no llegarían a ser sujetos epistémicos, ninguno sabría qué es fiable si consideramos que serlo es contar con algún criterio que me permita decidir bajo qué circunstancias o razones estoy en posesión de una creencia correcta acerca de algún hecho. Cada uno diría lo que en cada caso le parece correcto y no habría cómo decidir entre tales convicciones inexplicables.

La perspectiva profética tiene que resolver, además, una segunda dificultad que se me ocurrió leyendo un artículo sobre las interpretaciones de la pandemia que Guillermo Lariguet estaba preparando para su aparición en *El cobete a la luna*, donde se detenía en las afirmaciones de filósofos sobre las consecuencias económico-sociales de la pandemia. El problema al que me refiero concretamente es una versión de una objeción escéptica puntual presentada por David Hume en el siglo XVIII. Hume se preguntaba cómo es que justificamos hechos inobservables a partir de la propia experiencia. Este autor ejemplificaba la cuestión de la siguiente manera: supóngase que tomo mi diario y lo coloco en el interior del cajón de mi escritorio para luego cerrarlo. No puedo saber que mi diario se encuentra en el interior del cajón (cerrado) de mi escritorio, a menos que reconozca que mi experiencia hace que la proposición sea probable (por ejemplo, tomando como experiencia relevante mi recuerdo de que puse el diario allí hace cinco minutos y que nadie ingresó a la habitación desde entonces). Pero, para confiar en mi experiencia debo antes tener razones para aceptar que los sucesos que no he observado son iguales a los observados. Y esto, según Hume, no es una creencia que se apoye en razones ni que se apoye en la propia experiencia, es decir, no es una creencia analítica (necesariamente verdadera) ni empírica. Simplemente da por sentado aquello que debe probar. Si aplicamos el caso ahora al modo profético de leer los efectos de la pandemia, podemos notar que sucede algo

3 Una versión refinada de este argumento, de donde tomo aquí sólo algunos términos, se encuentra en la crítica que Robert Brandom realiza a los aciertos fiabilistas en su libro *La articulación de las razones*, Siglo XXI, 2002.

similar: no podemos confiar en que nuestra experiencia sea una guía confiable para formar creencias sobre sucesos que están más allá de ella, de modo que no puedo tener conocimientos sobre estos sucesos. Aún más, dado su carácter excepcional, tampoco podemos decir, como sí pudo Hume, que el vínculo aquí entre la causa (la pandemia) y el efecto (la mejora moral del ser humano, el ultra-capitalismo, o alguna otra versión) es el resultado del hábito o la costumbre, dado el carácter excepcional del suceso en cuestión.

En tercer lugar, finalmente, supongamos que, a pesar de mis argumentos epistémicos en contra de las percepciones proféticas de los efectos de la pandemia, termina sucediendo que alguna de estas versiones se cumple. Por ejemplo, podría suceder que a partir del año 2022 comencemos el camino inexorable hacia la utopía socialista (este es, confieso, mi relato preferido). Entonces este trabajo sería una ridiculez, algo que se demostrará falso llegado el momento oportuno y nada en mis consideraciones sería correcto: Zizek tenía razón; él *sabía* que esto iba a pasar. Como respuesta, quiero hacer notar que no estoy afirmando que estos modos de notar aspectos diferentes de los efectos de la pandemia sean falsos (o verdaderos), ni estoy diciendo que alguno llegará a ser verdadero mientras los otros terminarán siendo falsos, teniendo sólo que aguardar para ver qué sucede. Lo que quiero mostrar es que, aun cuando se cumpla alguna de las predicciones y conjeturas, no podríamos decir que Zizek estaba en posesión de una genuina pieza de conocimiento, que *sabía* que esto pasaría, o que mi vecino lo estaba porque lo sabía. Platón ya había llamado la atención sobre la dificultad de definir al conocimiento como una creencia verdadera, ya que podíamos tener una creencia verdadera por casualidad o azar, sin las razones adecuadas que nos permitan decir que conocemos aquello de lo que se trata. En su diálogo *Teeteto*, se presenta un ejemplo que permite ilustrar mi defensa. Imaginemos el escenario de un litigio en tribunales donde el juez resulta convencido de la inocencia del acusado por la astucia y elocuencia de su abogado, pese a que este abogado defensor no sabe (supongamos cierta bondad ingenua) si está o no en lo cierto. Pero, pese a no saberlo, lo que el abogado dice es verdad y, por ende, la creencia del juez persuadido es correcta. ¿Podríamos decir que el juez sabe aquello que llegó a creer? Pareciera, antes bien, que acertó de casualidad. Esto es algo que desde mediados del siglo XX y a partir de John Gettier se llamó “buena suerte epistémica”. Predecir que algo va a suceder porque tengo una creencia y que dicha creencia eventualmente se concrete haciéndose verdadera, no me pone en posesión de una genuina afirmación de conocimiento porque las razones por las cuales sostuve mi creencia inicial no son las adecuadas ni las relevantes para establecer su vínculo con el consecuente.

Sin embargo, como dije, no creo que la manera encantada de notar aspectos de la pandemia sea puro cuento, como dice el tango. Lo que creo es

que amerita una lectura más de tipo terapéutica que un debate argumental. Permítaseme aquí volver al filósofo de cabecera. Wittgenstein decía que no hay una única esencia del lenguaje; las cosas no tienen un solo significado porque no tienen un solo empleo y también hay diferentes agentes y contextos (formas de vida, digamos). Yo creo que, ante el modo profético de ver la pandemia, como suceso divino, teleológico, conspirativo, utópico, etc., debemos resistir la pregunta *filosófica*: ¿cuál es el significado real del coronavirus?⁴ ¿Cuál de todos es? Ni llamado místico, ni lección de la naturaleza, ni conspiración de estado, ni utopía socialista, ni relato distópico. Creo que tenemos que hacer “miniatura filosófica” (una expresión de Guillermo Lariguet, también) o análisis de casos, deteniéndonos en pequeñas parcelas o aspectos del fenómeno en cuestión y aplicando en todo caso alguna de las recetas filosóficas aprendidas u ocurrientes. Lo que propongo, además, es que este análisis de casos se dirija terapéuticamente a ver qué dice de nosotros y quién es ese ‘nosotros’ que dice en cada caso estas cosas. Tal vez allí haya respuestas más interesantes, antídotos que nos permitan curarnos de determinadas concepciones del mundo o al menos, entender desde qué mitología es que las sostenemos.

A pesar de lo dicho hasta aquí, encuentro que las miradas proféticas tienen un rasgo valioso, que personalmente me genera un tanto de ansiedad, dado el contexto actual. Se trata de la idea de que cada percepción de la pandemia propuesta ubica a la sociedad, a la comunidad, a un grupo o a varios grupos, en el lugar de dirigir la mirada hacia el futuro. Esta es la razón por la que arriesgué el nombre de “futurista” a la segunda alternativa de experiencia encantada de la pandemia. El “ver-como” de esta segunda alternativa que voy a proponer a continuación, mira hacia el futuro, al igual que la primera, aunque de un modo sustancialmente diferente.

Este segundo modo prospectivo de concebir los efectos de la pandemia está posicionado críticamente en el presente, pero mirando hacia el futuro. Su percepción es futurista porque apuesta al cambio humanamente motivado, apoyándose para ello en la función constructiva de las razones. En *Filosofía y Civilización*, John Dewey expresa que en un mundo donde el futuro no es una mera palabra, donde las teorías, nociones generales e ideas racionales tienen consecuencias para la acción, las razones tienen necesariamente una función constructiva. Esta es una idea que encuentro sumamente atractiva para pensar el rol de la interpretación en la percepción encantada de la pandemia. Una interpretación que descansa en razones presentes, en ocasiones en tensión, pero que encuentra su inspiración y su objetivo en el cambio social, en el efecto a lograr.

⁴ Esta es una pregunta que sí podría tener importancia para la investigación científica, por lo que enfatizo que es la pregunta filosófica a la que le ofrezco resistencia.

El futuro no es algo completamente ajeno al presente de una sociedad y de la filosofía, que ciertamente forma parte de ella. Debemos evolucionar, mejorar, movernos en el presente con los ojos puestos en lo que queremos lograr. El desafío es cómo proponernos un objetivo común. Para Jane Addams, una gran filósofa de comienzos del siglo XX, la democracia es un modo de vida que entraña la genuina comunicación entre todas las partes involucradas en una acción o interesadas en un resultado. En *Democracia y Ética Social*, afirmaba que como comunidad hemos aprendido que el bien debe extenderse a toda la sociedad antes de que pueda ser asegurado para cualquier persona o clase. Pero no hemos aprendido aún que, a menos que las personas y las clases contribuyan a ese bien común, este no vale de mucho. Involucrarse en un proyecto común asegura el sentido que la individualidad tiene en la interdeterminación de los roles involucrados en perseguir tales proyectos.

Este modelo es contrario, además, al paternalismo de un líder que decide qué es lo mejor para el resto de la sociedad. Incluso cuando lo haga muy bien e incluso cuando ocupe ese cargo elegido en elecciones, será antidemocrático. En el proyecto de Addams las necesidades y los deseos están todos involucrados y mutuamente discutidos y comunicados. Este es el sentido genuino de la democracia, pero también el de *comunidad*. John Dewey decía que Addams le había enseñado que la democracia no era un sistema de representación sino una forma de vida. Los *individuos e individuos* se hacen en virtud de los modos en que interactúan con otros con los que hay comunicación a quienes contribuyen a determinar. Sin comunidad los seres humanos carecemos de una individualidad asegurada.

Al comienzo de este trabajo comentaba que las cinco lecturas presentadas (las percepciones proféticas) acuerdan en que la pandemia modificará profundamente el orden mundial y las relaciones sociales. Según la perspectiva futurista que ahora propongo, esto no es algo que sucederá inexorablemente, sino que en parte se determinará a partir de los comportamientos que decidamos realizar de aquí en adelante. Además, sería mucho más deseable que el cambio estuviera motivado en la mejora social y articulado a través de razones y que el estado asegure la libertad individual y que las personas contribuyan a la concreción de los objetivos del estado participando de la comunidad. Asumiendo que lo que se quiere implementar es un cambio mundial, la pregunta que quiero hacerme finalmente aquí es ¿cómo llegamos a modificar una comunidad amplia? Pienso aquí en el cambio que puede proponerse un país, o las relaciones entre estados o sociedades. Como expone Dewey en *Search for the Great Community*, la idea sería que, formando parte de comunidades múltiples, estas comunidades se comunican entre sí. Bueno, pero esto puede sonar un poco ingenuo y ciertamente Dewey reconoce

que es un ideal, algo así como una dirección a la que debemos aspirar, donde nuevamente aparece aquí la importancia del futuro. Entonces, la libertad, entendida como las posibilidades de realización de cada una y cada una de nosotras, se realiza a través de la comunidad y para ello es un requerimiento trabajar en la reconstrucción de las estructuras institucionales opresivas a partir de la generación de comunidades integrantes diversas, plurales, diferentes, justas. Y esto se hace participando de dichas comunidades.

Este aspecto futurista de la percepción de la pandemia es también una forma encantada de leer los efectos del virus, pero, nuevamente, de una manera diferente a como lo propone la concepción profética. El mundo está encantado, pero no por fuerzas externas; no hay un punto de vista del ojo de dios ni un resultado inexorable. Los significados de la pandemia están determinados por nuestras propias habilidades, capacidades y destrezas conceptuales e interpretativas manifiestas en prácticas de las más diversas como el trato con aquellos con los que me relaciono, conmigo mismo, mis emociones e inquietudes, las consideraciones que realizo sobre la situación económica, social y política de Argentina, ahora y antes de que se desatara la pandemia, etc. Los aspectos que expreso en mi percepción de la pandemia están impregnados de mis valores, capacidades interpretativas, educación, hábitos familiares. Esto es algo que comparto con algunos otros humanos, a los que llamo “nosotros”, delimitado en su contorno por aquellos que no comparten mi forma de vida, entendida en estos términos recién descriptos. Además, me constriñe a ejercer la tolerancia⁵ hacia aquellos que no piensan de la misma manera, que no comparten nuestras convicciones y modos de actuar en el mundo.

Considerando esta perspectiva eminentemente práctica de encantar el mundo, creo que estamos ante una oportunidad de generar mejores versiones de nosotros mismos como comunidad, al mirar hacia el futuro y disputar hacia dónde queremos dirigirnos en la construcción de la realidad que nos proponemos. Con esto no afirmo que lo lograremos de manera inexorable, ni siquiera que hallamos emprendido la marcha o que tengamos las agallas para hacerlo. Desearía poder hacerlo, pero nuestra perspectiva encantada se centra, como dijimos, en la acción basada en la discusión crítica y no sólo en los anhelos. El presidente Alberto Fernández dijo al comentar su reunión con gobernadores en busca de apoyo para la renegociación de una infame deuda, que “tal vez esta sea la oportunidad para construir un país más solidario”. Yo no sé si se refería a la oportunidad que abre la pandemia, o la renegociación de la deuda en el contexto de una pandemia. Sí sé que

⁵ Sobre el tema de la tolerancia, se puede consultar el excelente trabajo del filósofo TIZZIANI, M., *Ante el desafío de vivir con otros. Controversias en la prehistoria de la tolerancia moderna*, Ediciones UNL, 2018.

ni la pandemia ni la deuda de este país son el mejor contexto para mejorar la economía y la salud de un país, o que sería mucho mejor hacerlo en un país normalizado. Pero creo entender lo que quiere decir Alberto con estas palabras. Está mostrando que se necesita mucho más que una realidad para cambiar las cosas, y que las cosas no marchan solas, ni siquiera con la eventual ayuda divina, a ningún destino inexorable. Lo que se necesita hoy es la capacidad de la acción presente, humanamente motivada, en busca de un país más justo y solidario.